

## YHWH es mi salvación

# Lectura de Colosenses 1:13-23 con comentarios del versículo 15

Entre tanto que el Señor viene, dedicamos este espacio a la lectura, la exhortación y la enseñanza de la Palabra, buscando siempre colocarle el sentido espiritual para comprender verdaderamente las Escrituras. En esta ocasión, basamos nuestro estudio en el libro de Colosenses, enfocándonos en la persona y la obra de Jesucristo.

Aunque nuestro texto base abarca desde Colosenses 1:3 hasta el 23, centraremos nuestra atención en el versículo 15: "Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación". Para comprender la magnitud de esta declaración, es fundamental conectarla con los versículos anteriores, donde se nos explica que el Padre nos libró del dominio de las tinieblas y nos trasladó al reino de su Hijo amado.

## Redención y la Intervención Directa de Dios

En los versículos 13 y 14 se nos presentan dos figuras en la obra redentora: el Padre, quien nos libra, y el Hijo, en quien tenemos redención y el perdón de los pecados. Es importante distinguir que no es lo mismo un salvador que un redentor. Mientras que la salvación puede ser simplemente un acto de rescate o liberación, la redención implica específicamente el pago de un precio por alguien que se encuentra cautivo o esclavizado.

A lo largo del Antiguo Testamento, Dios utilizó múltiples medios y agentes para manifestar su salvación, como la apertura del Mar Rojo mediante Moisés o la intervención de ángeles, jueces y profetas. Sin embargo, había una promesa clara de que el mismo Dios vendría a salvarnos. Pasajes como Isaías 35:4 y 33:22 declaran inequívocamente que la retribución vendría de Dios mismo y que Él nos salvaría.

¿Qué tan grave era nuestra condición de pecado y condena para que se requiriera que el mismo Creador interviniera personalmente?. El precio por el ser humano tenía un valor incalculable, exigiendo no plata ni oro, sino la preciosa sangre de Cristo.

## Cristo, la Expresión Visible del Padre

Cuando la Escritura afirma que Jesús es la imagen del Dios invisible, nos revela que el ámbito espiritual e imperceptible de Dios se encarnó y se manifestó físicamente a los hombres. Las personas que caminaron con Jesús vieron a Dios personificado; vieron cómo el Padre amaba, vivía, reprendía y corregía.

Lamentablemente, existe una gran confusión y un mal entendimiento en la humanidad. Muchos ven al Dios del Antiguo Testamento como un juez tirano y castigador, mientras perciben al Jesús del Nuevo Testamento como un ser exclusivamente amoroso y tolerante. El hombre, desde su postura egocéntrica, ha malinterpretado las acciones de Dios. Cristo vino a corregir esta perspectiva y a mostrar de forma literal y concreta cómo es realmente el Padre. Por esto, Jesús pudo decirle a Felipe que quien lo había visto a Él, había visto al Padre.

## Jesús: Hijo y Discípulo Perfecto

La perfección de Cristo no solo radica en su naturaleza divina, sino en su proceso de aprendizaje. Jesús fue, en todo el sentido de la palabra, un discípulo del Padre. Como nos muestra Juan 5:19, el Hijo no podía hacer nada por su cuenta, sino que hacía exactamente lo que veía hacer al Padre.

Cada acto de sanidad, cada liberación de demonios y cada resurrección que Jesús realizó no provino de una iniciativa aislada, sino de observar a su Maestro. Su ministerio entero estaba cimentado en una compasión profunda, la misma compasión que aprendió al ver el corazón de Dios Padre. Jesús no se formó en seminarios humanos ni bajo la tutela de rabinos terrenales; Su doctrina y su forma de vida fueron asimiladas directamente de la fuente celestial.

Si nos preguntamos qué habría hecho el Padre para salvarnos, la respuesta está en la cruz. La crucifixión es la manifestación suprema del amor de Dios; el Hijo demostró hasta dónde estaba dispuesto a llegar el Padre entregándose a sí mismo por la humanidad.

## El Antiguo Pacto como Sombra de la Realidad

Para comprender plenamente esta dinámica, debemos cambiar nuestra óptica sobre el Antiguo Testamento. Todo lo que el Padre mostró en el Antiguo Pacto no era una serie de ritos al azar, sino que encerraba el misterio de Cristo. La ley era simplemente una sombra que apuntaba hacia la verdadera imagen y realidad, que es Jesucristo. Al leer las Escrituras de la antigüedad, debemos hacerlo con ojos proféticos, buscando a Cristo en cada enseñanza, tal como Jesús mismo lo hizo para vivificar su propio ministerio.

## Restaurando el Diseño Original

En el principio de la creación, Dios formó al hombre a su imagen y semejanza. Tristemente, esta imagen se deformó y se perdió por causa del pecado, la maldad y el orgullo humano. Jesucristo vino a la tierra con el propósito de restaurar y traer de vuelta esa verdadera imagen.

Nuestra meta suprema como creyentes no es imitar a Moisés, a David, o a los grandes líderes, sino alcanzar la estatura y la imagen del Hijo. Al igual que un niño aprende y adopta naturalmente los gestos, el carácter y las acciones de su padre terrenal tras pasar tiempo con él, nosotros debemos fijar nuestros ojos continuamente en Jesús para adoptar su manera de pensar y actuar.

## La Verdadera Medida del Amor

Jesús no vino a hacer la vida más difícil, sino a revelar la realidad profunda de las cosas que la humanidad, cegada por su carnalidad, no podía ver. Él estableció un nuevo y definitivo estándar para nuestro caminar: "Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado".

Nuestra evaluación del amor a menudo es superficial y mediocre; pensamos que con un saludo o un acto de cortesía ya hemos cumplido el mandato divino. Sin embargo, la medida que Cristo estableció exige un "amor de cruz". Amar como Él amó significa estar dispuestos a dar nuestra vida por el prójimo, incluso por aquellos que nos desprecian, nos dañan o levantan falsos testimonios en nuestra contra. Requiere tomar nuestra cruz diariamente, crucificar nuestro ego y tener una paciencia inagotable.

Al revestirnos de Cristo y alcanzar esta imagen, nos convertimos en testimonios vivientes. El mundo no será transformado únicamente por argumentos teológicos o debates filosóficos, sino al ver la gloria de Dios y la realidad del amor de Cristo reflejada en nuestras vidas. Busquemos, por tanto, arrepentirnos de nuestras malas obras, apartarnos de todo mal, y contemplar a Jesús todos los días, para que a través de nosotros, el mundo pueda conocer el rostro misericordioso del Dios invisible.